

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.

Buenos días, amigos, profesores y alumnos.

Acabamos de escuchar un fragmento de la ópera Nabuco de Verdi: el coro de los judíos desterrados a Babilonia. Los judíos cantan: "Llega el día, la aurora de la salvación". Y es precisamente Isaías, un profeta de la época del destierro quien nos anuncia en nombre de Dios una maravillosa liberación: "Mirad que realizo algo nuevo, ya está brotando, ¿no lo notáis?".

Muchos dicen que también hoy vivimos en el destierro. No es que nos falten cosas, nos falta la "cosa", nos falta el espíritu. El problema es que nuestro destierro apenas se nota, es un destierro entretenido, endulzado, irreflexivo, sin añoranzas, al que fácilmente nos acostumbramos. Un destierro atareado en llenarnos de posesiones, de parcelas de poder, de placeres y egoísmos. Pero es un destierro del alma.

El tiempo viene siempre repleto de nuevas oportunidades que dejamos pasar muchas veces. Cada día, Dios mío, cuántas cosas, qué siembras de luces y esperanzas. Cada año, de nuevo un regalo multiplicado. Y este, concretamente, en el que vamos a empezar un siglo, a las puertas de otro milenio...

Esperamos algo nuevo. Lo esperamos, lo exigimos, lo necesitamos. Queremos un mundo nuevo, una sociedad nueva, porque la que tenemos es ya muy vieja: no por los muchos años, sino por su poco espíritu. Si queremos celebrar el Adviento, si queremos ser hombres de Adviento, ¿no debemos trabajar por un mundo nuevo?

Mañana todo será distinto: las cárceles estarán en desuso, y ya no habrá más droga que la del amor verdadero. Mañana, en el tercer milenio, todo será distinto: construiremos una escalera que subiremos peldaño a peldaño hasta hacer de la tierra un cielo, que esta es la misión de todo creyente. Construiremos una ciudad nueva, libre y alegre, sin miedos, en la que todos podamos convivir sin distinción de colores y sexos, porque una es la raza humana, como nos está demostrando el mapa de los genes. Construiremos la ciudad de la solidaridad y el amor, la ciudad de la tolerancia, la ciudad de la paz y el respeto universal, la ciudad de Dios.

Los hombres y mujeres del Adviento que comienza tenemos que creer estas cosas y esforzarnos en trabajarlas. Con la Navidad todo empieza a ser nuevo. ¿Para que vino Jesús a la tierra? Él mismo nos lo explica: "El Espíritu me ha ungido, me ha enviado a anunciar a los pobres la Buena Noticia, a proclamar la liberación de los cautivos y desterrados..." ¿Qué otra cosa tenemos que hacer nosotros, pequeños cristos del tercer milenio, sino seguir anunciando buenas noticias a todos los que sufren, luchar a favor de la libertad, combatir los poderes del mal, hacer posible para todos que cada día sea de gracia y bendición? Solamente si estamos dispuestos a cambiar personalmente, esto será posible.

Entonces todo empezará a ser distinto. Entonces el mundo empezará a ser nuevo. Entonces Jesús podrá asegurar en verdad que el Reino de Dios ya está entre nosotros.

Padre nuestro, que estás en el cielo, santificado sea tu nombre; venga a nosotros tu reino; hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día; perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a lo que nos ofenden. No nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal. Amen.

Dios te salve, María; llena eres de gracia; el Señor es contigo; bendita Tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amen.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo. Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amen.

María, Madre del Buen Consejo, ruega por nosotros.

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.

Buenos días, amigos, profesores y alumnos.

No acabamos de creernos, Jesús, que tú estás cerca; que vienes a nosotros, que vienes siempre.

Es el gran mensaje que escuchamos estos días de Adviento. Pero una vez más, como pasa con todo, nos hemos acostumbrado. La palabra se queda en letra y el misterio se envuelve en fórmulas. Ya podemos decir las cosas más conmovedoras, o anunciar las promesas más asombrosas, o realizar los gestos más liberadores, que todo nos resbala.

Nos dicen que quieres volver a nacer esta Navidad. ¡Mira que estás loco! ¿Pero no ves lo que somos y lo que estamos haciendo? No comprendemos si con tu gesto testarudo de volver cada Navidad pretendes decirnos algo, pero sabemos que...

... si tú no estás aquí, ¿quién nos enseñará a amar?

... si tú no estás aquí, ¿qué sentido tiene todo?

... si tú no estás aquí, ¿quién nos acompañará en nuestra soledad?

... si tú no estás aquí, ¿quién nos dará coraje y valor para seguir viviendo?

... si tú no estás aquí, ¿quién nos dará la mano llena de paz?

... si tú no estás aquí, ¿cuál será nuestro rumbo?

... si tú no estás aquí, ¿quién perdonará nuestras faltas?

... si tú no estás aquí, ¿quién nos hará soñar?

... si tú no estás aquí, ¿quién dará calor a nuestra vida?

... si tú no estás aquí, ¿cómo encontraremos la felicidad

... si tú no estás aquí, ¿estaremos tan solos!

**VEN PRONTO, JESÚS.**

Padre nuestro, que estás en el cielo, santificado sea tu nombre; venga a nosotros tu reino; hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día; perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a lo que nos ofenden. No nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal. Amen.

Dios te salve, María; llena eres de gracia; el Señor es contigo; bendita Tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amen.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo. Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amen.

María, Madre del Buen Consejo, ruega por nosotros.

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.

Buenos días, amigos, profesores y alumnos.

«En aquellos días», cuando la vara del opresor romano sometía a los pueblos, cuando las sandalias de sus guerreros pisaban con estrépito, cuando había oscuridad en el mundo, nace un niño que es la Luz y la Paz, el Amor y la Libertad. «Un niño nos ha nacido, un hijo se ños ha dado», dice Lucas en su evangelio. Es la mejor noticia, lo más hermoso que nos puede suceder. Él es Dios, pero nace en la pobreza. Él es la Palabra, pero nace en el silencio. Los ángeles serán los primeros evangelistas: cantarán la gloria y la paz de parte de Dios. Y dejarán las señales para reconocer al Enmanuel: un niño, unos pañales y un pesebre. Estas serán siempre las señales del Mesías: lo pequeño, lo pobre y los servicios de la ternura

Terminado el tiempo de Adviento, que estamos viviendo en esperanza creciente, celebraremos, amigos, dentro de tres noches, el nacimiento de nuestro Salvador. Esta es, sin duda, la mejor noticia que el hombre puede escuchar en toda su historia. Es el primer evangelio que hace 2000 años proclamaron los ángeles.

No es extraño que este acontecimiento cambie las edades de la historia. Ahí se pararon los relojes para empezar de nuevo. Todo será nuevo desde que vino Dios a la Tierra: nuevos serán los tiempos, nuevos el cielo y la tierra, nuevo el corazón del hombre, nuevas las relaciones con Dios y de los hombres entre sí.

La noticia es ésta: que Dios ha nacido de María en un pesebre de Belén; y que quiso nacer en el corazón del hombre y del mundo. Es la manifestación de que Dios es amigo del hombre y que se acerca a nosotros para envolvernos en su amor. Dios se abaja para levantarnos, Dios se humaniza para divinizararnos.

Ya no tenemos que temer, porque Dios está con nosotros. Ya no hay motivo para la tristeza, porque Dios es la razón de nuestra alegría. Ya todo lo podemos esperar, porque Dios camina con nosotros.

Alegrémonos, amigos, con el mayor de los gozos; que se acerca esa gran noche, que es la 1999 de las Noches Buenas. Cantemos el himno de los ángeles y los mejores villancicos. Ofrezcamos al Niño nuestros regalos y abramos nuestro corazón a los suyos, como se abrirá esa misma noche la puerta del Año del Jubileo.

Si tenemos bien abierto el interior, se colará de lleno el Espíritu, y lo transformará en una cuna cálida y abrigada para el Niño.

Padre nuestro, que estás en el cielo, santificado sea tu nombre; venga a nosotros tu reino; hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día; perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a lo que nos ofenden. No nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal. Amen.

Dios te salve, María; llena eres de gracia; el Señor es contigo; bendita Tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amen.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo. Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amen.

María, Madre del Buen Consejo, ruega por nosotros.